

Carta

de Federico Fernández Cavada a Fernando Escobar, Cuartel General del Ejército Libertador, Camagüey, 22 de julio de 1870



Camagüey Julio 22/70
Cuartel General E.L.

C. Fernando Escobar
Estimado amigo mío:

Con inexpressable placer supe la feliz llegada de V. a New York. ¿Por qué no me ha escrito?

¡Qué falta nos hace V. aquí! Hay mas espacio hoy en Cuba para un Mirabeau que cuando se atrevió V. a decir aquello de las “divergencias” en el Teatro de Trinidad. Hoy el Cubano en Cuba padece, pero habla, muere pero mata. El partido es más igual que en aquel entonces. La revolución de Cuba progresa apesar de reveses y obstáculos que ya hubieran desanimado a un pueblo menos heroico y menos decidido que el nuestro. Verdad es que no ganamos grandes batallas, pero estamos ganando tiempo. Créame V. que lo digo, no como ardiente patriota que alimenta sus esperanzas en el delirio del propio entusiasmo, no como el ligero soñador que embellece el porvenir con utópicas visiones; lo digo con la profunda convicción de uno que ha

presenciado durante más de un año y medio de horrorosas privaciones y de angustiosos peligros la invencible resistencia moral del revolucionario Cubano, su perseverante denuedo en la pelea, y su fé ardiente en el triunfo de la causa porque combate, que Cuba vencerá! no porque llegará a poner en campaña más soldados que España, no porque el Cubano sea más persistente y valeroso que el Español, no por los cementerios hartos de devorar las repugnantes victimas del vómito y las balas, ni por lo incesorable ni por el suspirado reconocimiento, sinó porque la misma España lo ha decretado. Durante siglos la injusticia Española preparaba asiduamente al pueblo de Cuba para esta revolución, hasta que al fin le gritó desde Alcolea “Levántate y sé libre” y el eco de esa voz resonó en Yara y España fue más injusta que nunca, y negó a Yara lo que concedió a “Alcolea”. La madre quiso que la separase de la hija un abismo impasable, fué incesorable, y le declaró la guerra a muerte y derramó la sangre de los inocentes. Y la revolución progresaba, pero aconteció que algunos pobres

ancianos exhaustos con el cansancio y el hambre, y algunas infelices mujeres que cargaban en brazos sus pequeñuelos, desgraciadas mujeres que no sabían lo que era ser mártires y sólo sabían lo que era ser madre, se presentaron a suplicar clemencia del bárbaro invasor y entonces España terminó de ser generosa, y mató muchos inocentes, y ensangrentó los cadalsos y quemó y taló y asesinó sin misericordia, y la revolución progresó y progresará hasta el día del triunfo final. España lo ha decretado, y ha firmado el decreto con la sangre de los inocentes. España ha creado un pasado para Cuba, y ese pasado ni el mismo Dios lo puede ya cambiar. El porvenir es de Dios pero el pasado es del hombre. El pasado de Cuba es la mejor garantía de su porvenir.

Algunas veces, amigo mío, se me hace difícil comprender en que estriba ese odio implacable de los voluntarios españoles para los Cubanos, no es creíble que el mero hecho de existir una diferencia de opiniones políticas, ni tampoco el conflicto de intereses pueda engendrar tan implacable encono. A mi parecer hay otra causa, no nos detestan tanto por ser Cubanos como por ser Americanos. Esta persecución sin tregua y sin cuartel es por la protesta sangrienta de la idea Europea contra la idea Americana.

(Lo que bastante extrañeza me causa es que hasta la prensa de España es más justa y más generosa con los Cubanos que el Presidente Grant)

Yo no sé si es triste ó grata tarea la de trazar los cuadros conmovedores que hoy se contemplan en Cuba: tristes, por los crudos padecimientos de los patriotas, y gratos, porque es dulce consignar en la historia de la

patria el heroísmo y la abnegación de este pueblo que todo lo sufre por ser libre y que a todo se resigna menos a la idea de volver a ser Español. Nuestras mujeres en particular merecen el aplauso y las simpatías de todo corazón sensible y generoso. Escondidas en lo más oscuro de los bosques, sufriendo hambre, desnudas y enfermedades, expuestas a la cólera brutal de una soldadesca inhumana que las persigue sin tregua y las maltrata sin piedad ó bien huyendo desmelenadas y macilentas, arrastrando consigo a sus hijitos por las breñas y zarzales, ellas sufren, lloran y ruegan por la libertad de Cuba - con alguna razón se ha dicho que esta es la guerra de las mujeres: ellas son el principal objetivo de la estrategia Española, ellas son los únicos trofeos que en medio de la mofa y el escarnio conducen los caballerosos adalides de Castilla a los pueblos para mengua de la humanidad y para vergüenza del Siglo! que ya algo se trató habrá tiempo en nuestra Cámara de Representantes de la emancipación de la mujer y de su elevación a la altura social del hombre. En Cuba la mujer no necesita ya de la intervención del hombre en este sentido. Ella ha sabido igualarle en su heroísmo y su abnegación. La "Insurrecta" Cubana se ha emancipado ella misma, no de los tiernos y decorosos atributos de su sexo, pero sí de la calumnia que contra ella pudiera levantar la vanidad del hombre al creerla cobarde, y al llamarla débil.

En fin, amigo mío, la revolución progresa.

Espero no permitiré V. que vuelva a transcurrir tan largo periodo sin dirigirme siquiera un renglón —un recuerdo— por más que se cuan sua-

vemente se desliza el tiempo en esa festiva capital. Por mi parte le recuerdo a V. continuamente, y siempre que hay discursos ó discusiones deseo volverle a oír como en aquellos tiempos de “Cuba esclava” cuando era peligroso hablar de “deberes y derechos” y era preciso bajar mucho la voz para pronunciar la palabra “Libertad”.

Con mil cariñosas expresiones a su familia

Me repito su siempre afmo. amigo

Federico Cavada

(Carta a Fernando Escobar, Cuartel General E. L. [Ejército Libertador], Camagüey, 22 de julio de 1870. Biblioteca de la Universidad de Miami, *Cuban Heritage Collection*, caja 1, carpeta 4. Disponible en: <https://merrick.library.miami.edu>)

